

Esta carta fué enviada á Mehemet-Ali, dos dias antes de la notificacion del tratado.

De esta manera, como se ve, no habia sido observada ninguna medida. ¡Qué importaba á las potencias! La Francia era la sola aliada de Mehemet-Ali, y la Francia tenia la costumbre desde 1830, de dejarse abofetear en los carrillos de sus aliados.

El 19 de Agosto, los cónsules de los cuatro tronos, presentaron al virey de Egipto, una nota, ó mas bien, una notificacion que podia equivaler á una orden.

Esta nota se intitulaba

Reflecciones sobre la posicion actual del virey de Egipto.

Copiamos esta nota:

“Mehemet-Ali no ignorará la gran capacidad y la fuerza de una convencion solemne. El sistema político de la Europa, no reposa sino en la fé y en la ejecucion religiosa de los tratados.

“De esta manera es como á pesar de las gravísimas dificultades que rodean las cuestiones de la Grecia, Bélgica y España, las convenciones relativas á ellas, han recibido su completa ejecucion, bien que los intereses de todas las potencias europeas, con respecto á estas cuestiones, no hayan sido siempre idénticas.

“Creer aun en la posibilidad de un cambio ó de una modificacion en las condiciones de la convencion del 15 de Julio, seria alucinarse con una vana esperanza. Estas estipulaciones son inalterables é irrevocables; los términos perentorios que han sido fijados para su aceptacion, son una prueba patente de la imposibilidad de todo cambio ulterior.”

Las potencias, despues de algunas consideraciones que tenian por objeto el determinar á Mehemet-Ali á la sumision, añadian!

“La consecuencia inmediata de tal repulsa seria el em-

pleo de medidas coercitivas; el virey tiene bastantes luces, y conoce bastante los medios y los recursos de que pueden disponer las cuatro potencias, para lisonjearse un solo instante de poder, con sus débiles medios, resistir ni aun á una ó á otra de ellas; y seria alimentarse con una esperanza bastante funesta el contar en las circunstancias actuales, con un apoyo en el extranjero: ¿quién podria contener las decisiones de las cuatro grandes potencias? ¿quién se atreveria á desafiarlas? Lejos de serle favorable semejante intervencion en su favor, no haria mas que acelerar su pérdida ya entonces segura.

“Las cuatro grandes potencias desarrollarían fuerzas mas que suficientes para combatir todo lo que pudiera oponerse á la ejecucion de la convencion: y se llevará adonde el caso lo exija, una fuerza suficiente para hacer toda resistencia imposible y aniquilarla de un solo golpe.

“Alejandría, 19 de Agosto de 1840.

“Laurin, Hodge, Wagner, conde Méden.”

Esta nota, esta notificacion ó esta amenaza, como se quiera, era mas bien dirigida á Luis Felipe que á Mehemet-Ali.

Por lo demas, ya sea que ella se dirigiese á Egipto, ó ya á la Francia, la amenaza no tardó en tener efecto.

Los ingleses se apoderaron de doce navíos egipcios que estaban anclados en el puesto de Beyrouth.

El comodoro Napier, fué el encargado de esta ejecucion á la que sin mucho trabajo pudo dar cima, vista la rotura de las hostilidades.

Se conocia bien al comodoro Napier, y era el hombre á propósito para semejante expedicion. Capitan de navio, el comodoro Napier, habitó mucho tiempo en el Havre, con el objeto de vigilar el servicio de los buques de vapor de fierro, que acababa de establecer en el Sena. Fué esta una mala especulacion, que arrastró tras sí la disolucion de la

sociedad que él había fundado. Entretanto la Grecia se sublevó; el capitán Napier corrió á ella y puso su esperiencia, su valor y su feliz imaginacion á la disposicion de los Helenos. Mas dichoso que Byron, asistió á la pacificacion de la Grecia y como si se hubiese hecho notar en esta prodigiosa guerra, fué vuelto á llamar á Inglaterra, donde se le ofreció, en la marina real, el rango que le había sido conservado. Al cabo de algunas espediciones, siempre felices, pasó, con permiso de la Inglaterra y siempre con el grado de comandante de navío, al servicio de D. Pedro; tomó el mando de su flota y batió con ella la escuadra de D. Miguel en el cabo de San Vicente; y de ahí el título de conde de San Vicente que le fué concedido por D. Pedro.

Despues de esta brillante campaña, el capitán Napier, volvió á entrar al servicio de la marina inglesa con el título de comodoro.

En Beyrouth, era comandante de una division de la escuadra inglesa, bajo las órdenes del almirante Stopport.

Al mismo tiempo que el comodoro Napier se apoderaba de los buques egipcios, publicaba estas dos proclamas:

“Habitantes del Líbano: vosotros que estais mas directamente á mi vista, levantaos y romped en fin el yugo bajo el cual gemis. Van á llegar de Constantinopla, muy pronto, armas, tropas, municiones; y en adelante los navíos egipcios no insultarán ya vuestras costas.”

Decimos *dos proclamas* porque ellas se dirigian á dos porciones bien distintas de súbditos sometidos á Mehemet-Ali.

Primeramente á los habitantes del Líbano.

Despues á los soldados de su ejército.

He aquí la que se dirigia á los soldados:

“Soldados del sultan: vosotros que habeis sido arrancados de vuestras ciudades por la traicion para ser arrastrados á las ardientes arenas de Egipto, y que despues habeis sido

trasportados á Siria, yo os conjuro igualmente, en nombre del Gran Señor, á que volvais á entrar bajo su dominio.

“He colocado dos navíos de línea cerca del lazareto en que estais acampados, para recibir á aquellos de entre vosotros que se pongan bajo mi proteccion. Un olvido completo de todo lo pasado; el pago de vuestras pagas atrasadas, está asegurado por el sultan, así como todo lo que es debido á los soldados que vuelven bajo sus banderas.”

Justamente á los mismos momentos en que el comodoro se apoderaba de los navíos egipcios, llamando á los montañeses del Líbano á la sublevacion y á los soldados de Mehemet-Ali, M. de Pontois, nuestro embajador en Constantinopla, el órgano de M. Thiers, M. de Pontois protestaba, en nombre de la Francia, contra toda medida coercitiva.

El 26 de Agosto, Mehemet-Ali recibió á los cónsules de las cuatro potencias acompañados de Rifaat-Bey. Despues de tres dias, Mehemet-Ali sabia ya el negocio de Beyrouth.

Mehemet-Ali estaba decidido á arriesgarlo todo, su vida y su reino, antes que hacer una concesion.

Escuchó los discursos de los cónsules y se contentó con responder:

—Dios da la tierra y vuelve á quitarla: yo confio en la Providencia.

—Si es así, respondió el enviado del sultan, no tengo ya que hacer nada aquí, y me retiro.

—Retiraos si quereis, respondió Mehemet-Ali, y si lo haceis espero que estos señores os seguiran.

Y señaló á los cuatro cónsules.

—Nosotros no tenemos instrucciones para abandonar nuestros puestos, respondieron estos.

—Sea así, respondió el virey; pero despues de lo que ha pasado, comprendereis fácilmente que ya no tengo confianza en vosotros. Por otra parte, no está en los usos de las naciones, al menos yo creo, el que un monarca tenga en la suya los agentes de las potencias con que está en guerra.

Como los cónsules sabian anticipadamente que la Francia dejaría despojar al bajá sin decir una sola palabra, quisieron convencerle á que no contase con el apoyo del rey Luis Felipe.

Mehemet-Ali hizo un movimiento de hombros, y

—Sé, dijo, que la Francia no disparará un solo cañonazo por mí, pero cuento con sus simpatias y sus buenas intenciones. Yo debo, por aquellos que sirven mi causa, aceptar el apoyo benévolo que ella me ofrece, y lo he hecho.

Al día siguiente los cónsules se presentaron de nuevo; pero encontraron á Mehemet-Ali mas enojado que nunca y les declaró que, si las hostilidades continuaban, enviaria á su hijo con la orden de marchar sobre Constantinopla.

Desde tres dias con anticipacion, y á la primera noticia que se tuvo de la toma de la flota egipcia, M. Valeski, nuestro enviado extraordinario cerca de Mehemet-Ali, habia partido para Constantinopla creyendo que nosotros éramos siempre contados en algo en el equilibrio europeo, y que él debia ofrecer al divan la mediacion de la Francia.

¿No era, pues, una cosa extraordinaria, ver á un hijo de Napoleon enviado de Luis Felipe ante Mehemet-Ali?

Aunpue es cierto que, por María Luisa, Napoleon, sobrino de Luis XVI, era primo tercero de Luis Felipe.

Pero habian presumido que llegaria nuestro honorable embajador, y al mismo tiempo que M. Waleski desembarcaba en Galata, Abdul-Medjid, sucesor del sultan Mahmoud, publicaba un manifiesto, en el que declaraba que la cesion de Egipto, á título hereditario y del solo pachalik de Acre, vitaliciamente, eran decisiones inmutables, y que á pesar de la intervencion de una potencia, cualquiera que fuese, Mehemet-Ali no debia esperar de él otra cosa.

Para ningun corazon podia ser mas grave la herida que para el de M. Waleski, porque ningun corazon era mas francés que el suyo.

Entonces fué cuando tuvo lugar en el gabinete de las Tullerías esta grave discusion entre el duque de Orleans y el rey.

—La guerra es con la Europa, exclamó el rey respondiendo á su hijo que no queria que se abandonase á Mehemet-Ali.

—La guerra es con la Europa; sea así, respondió el duque de Orleans, por lo que á mí toca, mejor quiero ser muerto sobre las riberas del Rhin, ó del Danubio, que en un arroyo de la calle de San Dionisio.

¡Ay! pobre jóven príncipe que debia caer dos años despues, no en un arroyo de la calle de San Dionisio sino en el camino de *la Révolte*, que Luis XV habia hecho construir para no verse obligado á atravesar todo Paris.

El 11 de Setiembre, el comodoro Napier, reunido en las aguas de Beyrouth, por el almirante Stopfort, ponía en tierra diez mil hombres de desembarco.

Estos diez mil hombres se componian:

De una compañía de desembarco, de cada uno de los doce navíos ingleses ó austriacos, es decir, quinientos ó seiscientos hombres;

De mil quinientos hombres de infantería inglesa;

De tres mil turcos;

Y de cuatro á cinco mil alemanes.

El desembarco se operó en Djounis, baía situada á medio legua de Beyrouth.

No encontró oposicion ninguna el desembarco.

Los ingleses, los austriacos y los turcos, atacaron entonces simultaneamente á Caiffa, pequeña ciudad construida al pié del Monte Carmelo y que fué reducida á polvo; y el fuerte Djabaíl que, defendido por albaneses, no fué tomado sino despues de una vigorosa resistencia.

Entonces comenzó, por seis navíos ingleses anclados delante de Beyrouth, el bombardeo de la ciudad, que al cabo de tres dias no era mas que un monton de ruinas.

Este bombardeo retembló en el corazón de la Francia, y cada cual se preguntaba en donde estaba nuestra escuadra y qué hacia; que para qué habían servido aquellos millones pedidos, y concedidos, para poner á nuestra marina en estado de luchar con la inglesa.

A nuestra escuadra le había ordenado el ministerio retirarse, huir y ocultarse lejos del ruido: estaba en la baía de Salamina, de gloriosa memoria, porque, como decía un almirante, si nuestra escuadra hubiera sido testigo de la injuria hecha á la Francia, sus cañones habrían disparado por sí solos.

La guerra, pues, estaba declarada á pesar de la Francia, y por consecuencia contra la Francia.

M. Thiers se espantó del descrédito en que había caído la Francia; y el 2 de Octubre, el gabinete todo entero, dió su dimision.

Pero Luis Felipe se guardó bien de aceptar esta dimision. M. Thiers, completamente desprestigiado por la fortificacion de Paris y por haber alcanzado mal éxito en el negocio de Oriente, volvía á tomar por esta retirada una posicion que tenia su significacion. La retirada de M. Thiers lo volvía á arrojar de nuevo al partido revolucionario. Se conocían los rencores del diputado de Aix, y al contrario de Aquiles que se retiraba á su tienda, M. Thiers, mohino, se hacía un escaramuceador encarnizado: el rey, embaucado por la reina y las princesas, fué á ver á aquel á quien en el fondo de su corazón detestaba tan cordialmente, para que abandonase su decision y conservase el ministerio.

Hay mas, el duque de Orleans que, apesar de sus diarias decepciones con respecto á M. Thiers, veía aun en él un sentimiento vivo de nacionalidad, distinto del de M. Guizot, el duque de Orleans, repito, se unió al rey, para obtener de M. Thiers que abandonase su decision de dejar los negocios, pues sembraba la turbacion en las Tullerías.

Mas M. Thiers se estuvo en lo dicho y rehusó.

Esta vez había salido tan perfectamente jugado, que parecía estar decidido á resistir á toda clase de zalamerías.

Luis Felipe empleó grandes medios: recurrió á la reina María Amelia.

La reina Maria Amelia, fria estatua rígida del honor, de la religion y de la aristocracia; la reina Amelia que jamás había dado un paso hácia M. Thiers, consintió en humillar su orgullo ante el ministro *revolucionario*, pues así era como se le llamaba en el castillo, y lo que parecerá estraño, así era como se le llamaba seriamente.

M. Thiers fué desarmado por esta real intervencion: volvió á tomar su cartera contentándose con significar á las cuatro potencias, un ultimatum referente á un *casus belli*.

Este *casus belli* hizo reir muchísimo á las potencias extranjeras.

Pero al componer Luis Felipe estos negocios con el extranjero, los ponía en mal estado con el interior.

Este espíritu revolucionario que se creía comprimido en Francia, surgía, desarrollado de una manera bien distinta y, conociéndolo solo M. Thiers, amenazadora. El pueblo no dejaba pasar ninguna ocasion de hacer conocer á la corte, cuán torpe era para la nacion esta humillacion hecha á la vista del extranjero.

En todas las representaciones extraordinarias, se pedía la *Marsellesa*, ese canto siempre adormido y siempre vuelto á resucitar, que cada vez que filtra por entre las grietas de la sociedad, indica que la máquina aristocrática ó real, está muy recargada y que es tiempo de abrir las válvulas de seguridad si no se quiere que reviente.

En fin, la misma guardia nacional, esta fiel aliada de Luis Felipe, comenzaba á traicionarle como él traicionaba á Mehemet-Ali; y á pesar de la orden del dia del mariscal Gerard, que so pretesto de menoscabo á la legalidad, había prohibido toda manifestacion, la guardia nacional envió á los diarios de la oposicion la declaracion siguiente:

“Considerando:

“Que la espresion de los votos de los ciudadanos es perfectamente legal;

“Que este derecho que tiene su fuente en la soberanía popular, dogma fundamental de todas las instituciones, tiene de mas, el haber sido consagrado en términos formales por el art. 66 de la Carta;

“Que este artículo, no ha podido ser destruido por tal ó cual disposicion de una ley reglamentaria de la guardia nacional.

“Que si se originasen dudas con respecto á esto, serian aclaradas por la conducta misma de los gefes de las legiones, que en diversas circunstancias, se han servido de la opinion que decian emanada de ella, para ejercer influencia sobre la direccion del poder;

“Que los principios y los hechos establecen con evidencia el derecho que tienen los ciudadanos de protestar publicamente contra la conducta del gobierno, y que importa mas que nunca mantener este derecho;

“Una vez que en las circunstancias en que nos hallamos, no importa menos evitar con el mayor cuidado el dar á *un poder cobarde para el exterior* ocasion de mostrarse *brutal en el interior*;

“Los oficiales, guardias nacionales y ciudadanos, creen ser de su deber el hacer ver tanto al gobierno como al extranjero, el grito de indignacion de toda la poblacion parisiense, contra la política deshonorosa que se sigue con respecto á la coalicion; pero deseando al mismo tiempo no dar el menor pretexto para coaliciones violentas, han decretado:

Primero. “Que una diputacion compuesta de oficiales y delegados de la guardia nacional, se encargue de protestar ante el presidente del consejo de los ministros, contra la

orden del dia del mariscal Gerard, y contra la vergonzosa inaccion del gobierno para el estradjero;

Segundo. “Que esta protesta será dirigida bajo la forma de una peticion á la cámara, despues de haber sido firmada por todos los ciudadanos que deben tomar parte en la manifestacion.”

El *Morning-Chronicle*, diario del ministerio inglés, se encargó de responder á esta manifestacion.

“Hácia el 1.º de Noviembre, dijo, es decir, antes que la cámara francesa haya podido comenzar sus debates, la Francia no tendrá ya nada que obstar en el Levante, porque la Siria no pertenecerá ya al bajá, y de él será de quien dependa la cuestion de saber si nosotros le dejaremos tranquilo ó no en Egipto.

“El tratado de 12 de Julio, ha recibido ya su ejecucion.”

De esta manera el pueblo protestaba, la guardia nacional protestaba; faltaba solo la protesta de los poetas.

Victor Hugo se encargó de ella.

Aparecieron estos versos:

Sí, sí, detente, ¡oh! Musa de los himnos de guerra,
Musa de la ley justa, del augusto derecho,
Tú cuya boca ardiente voces de fuego encierra,
Y centellas y llamas exhalas de tu pecho.

No digas nada aun, tenlas en tí tranquilas;
Soporta el espectáculo cual vírgen resignada,
Y cuando la hora llegue en que todo aniquilas
Diga entonces tu labio lo que es tu alma indignada.

De él solo un movimiento la rabia estensa espese
Que allá en tu corazon furiosa se fermenta,
Al ver que el bien ó el mal por todas partes vese
Esparcirse al hazar cual agua de tormenta.

Porque hoy solo se miran la rabia y la impotencia,
Porque inútiles fardos en arrastrar se obstinan,
Y si sus proyectiles no tienen consecuencia
Quedan siempre los fuertes los que fuertes dominan.

La mar algunas veces se ve apenas rizada,
Tranquila, quieta, inmoble, sin amagar siquiera,
Mas ¡ay! sin esperarlo de repente alterada,
Brama, lucha, se mece, y al fin revienta fiera.....

¡Ay! que en medio de todos una diosa impasible,
Ya á descargar el golpe en actitud está,
Reuniendo cual tesoro su fuerza, sí, terrible
Que si querido hubiera lanzado habria ya.

Mas^s sin embargo, no, y todo sí lo mira,
El cielo, el mundo.... todo, á los que obran el mal
Al mentiroso público que cual veleta gira,
Y al traficante vil con alma de metal.

Todos con la alma hipócrita de perversidad llena,
Dorados por defuera con mérito que es falso,
Ve al bastardo envidioso, que en el mal se enagena,
Y á grandes y á pequeños que demanda el cadalso.....

Mira ¡oh Musa! al tribuno, mas que mujer, cobarde
Vendiéndose por oro, hollando, sí, la ley,
De vender su palabra haciendo bello alarde,
Y de engañar al pueblo y censurar al rey.

Al falso amigo, ve, que siembra el descontento,
Y á los que noche y dia en orgia tumultuosa
Su vida infame pasan, y en medio el desaliento,
Te ven allá cruzar altiva y magestuosa.

Y pasas saludando con grave y dulce porte,
Tan sólo aquellas frentes que tú, Musa, veneras,
Vas muda, pero llevas dé aquesta infame corte
Mil cosas en la mente, risibles y severas.....

Consuma tu mirada sus rudos corazones,
Y cuando se pregunten las gentes una á una
—¿Sobre quién de la turba vendrán esos turbiones
Que allá en sus ojos tienen atroce horrible cuna?

Cada uno contemplando sus hechos con espanto
Dirá aterrorizado, "tal vez será por mí....."
Mas no, mientras tranquila, vé solo que tu manto
No arrastre por el fango inmundo que hay ahí

Y todos los perversos, sí, tiemblen desde ahora
De ver cerca de tí y á tu pié encadenada,
Tu cólera soberbia, que ya esterminadora
La cabeza va á herir de estrellas circundada.

Es una señal fatal para los reyes el que los poetas mez-
clen sus voces al clamor universal; los latinos no tenían mas
que una sola palabra para *poeta* y para *divino*.

¡VATES!

